

Urnas del tiempo

CARLOS VALENTI

Por León AGUILERA

Relámpago de gloria abatido en una nube oscura «Carlos Valenti una aproximación a una biografía», se lee también como en un relámpago que si nos inunda de cálida aurora, nos contrista al final. ¿Cómo un genio de tan renovadoras alas pictóricas podrían quebrarse por propio designio?

Walda Valenti, sobrina del artista, inscribe en el transcurso del tiempo este esbozo de un genial de los colores y de la paleta con mano delicada, intensa y dolorida. Con mano en el alma. Ha logrado una de sus mejores obras, centro de su brevedad. De lo bueno poco, dijo Gracián. Porque en trazos familiares, admirativos, justicieros sitúa la vida meteórica de Carlos, nos lo hace vivir a fin y principios del siglo. Murió cuando no alcanzaba los 25 años. Y con todo, ¡cuán rico legado dejó de su arte de estrella fugaz!

Era un joven apolíneo. Los dioses los quieren jóvenes de-



Carlos Valenti Perrillat en plena, como efímera juventud creadora.

cia el poeta griego Terpan. Pero la tierra quiere retenerlos para que produzcan más. No fue sólo promesa; fue una alborada innovadora, reconocida por tantos ingenios del pincel: Carlos Valenti es la representación vívida del genio precursor de nuevas latitudes superiores a la visión trasladada de su tiempo expresa Roberto Cabrera.

Atisbo biográfico —y qué ferviente atisbo— Walda Valenti hubo de acudir a toda clase de archivos, fuentes, relaciones, de pintores amigos de Carlos, y viajar al mismo París para explorar por los destellos de la exhalación. El resultado es esta interesante, ilustrativa y a la vez conmovedora crónica sobre una vida, que en la poesía nos recuerda a un Shelley, muerto en su escala hacia el Zenit.

La ceguera amenazadora obsesionaba al pintor. ¿Cómo puede pintarse en la tiniebla? Es como la sordera para un Beethoven. Y desde su juventud p r i m ulácea ya Carlos Mauricio Valenti se ve atormentado por el arribo de las sombras definitivas. No le fal-

ron grandes amigos —Carlos Mérida fue uno de ellos, ni promisores estímulos. Era un introspectivo. El sólo se recogía en su tempestad interior.

Aquí al calor del lar y del hogar transcurrió la mayor parte de su creación pictórica y aquí ya era un precursor de los nuevos movimientos; estaban en él, en alba, el impresionismo, y presentía los aleteos del vanguardismo. Fue ante todo un creador original, uno, quien expresaba su autónoma personalidad. Llevados por la mano de Walda, asistimos al proceso de esta existencia fecunda y atribulada ante el caballete. Lo vemos desarrollarse en su individualidad teniendo como fondo la Guatemala de fin y de principio de siglo, de gobiernos de Reina Barrios y Estrada Cabrera. Valenti era el centro de un cenáculo. Y si muy sentido fue su viaje, cuando era un guía ya desde Quezaltenango, para tender su rumbo a la Ciudad Luz, más conmoción causó su muerte y más sorpresa aún, el haberse ido al otro mundo, como se dice, por medio de tiro a su soberbia cabeza, digna de igualarse a la de un Byron o un Heine.

Es un relato vital, sentimental, sensible y sensitivo que nos transporte a tiempos de romance, de ensueño y de lucha porvenirista de jóvenes.

González Goyri ha afirmado: «Pintor de grandes dotes de una exquisita sensibilidad para el color, de una fuerza extraordinaria en el dibujo... era casi un adolescente cuando murió; su escasa labor de artista quedó esbozada, pero aún sí lo suficiente para afirmar y dar testimonio del genio que poseía».

Carlos Mérida ha opinado: «Valenti era un iluminado, las influencias las ejercía él, sin quererlo, sin pretenderlo... su obra es de una audacia sin límites, desde que él tomó el lápiz su trazo fue rotundo y definitivo. Si Guatemala hubiera tenido la suerte de que este singular artista hubiera alcanzado más edad, sería en el momento una figura internacional de acusadísimo perfil...».

Y Arévalo Martínez: «En vida pareció el príncipe de la casa de Orange del soneto de Manuel Machado. Pálido y bello hacía volver los rostros a su paso. Las adolescentes que leen versos sueñan en hombres así. Los hombres que los hacemos así nos representamos a Musset».

El precioso volumen está ilustrado con la producción en colores y en negro de cuadros y dibujos del artista. Nació en 1888 y murió en 1912. Temió la tiniebla, enemigo de su genio y se fue en busca de luz inmortal. Walda Valenti ha rendido un inmemorial tributo a Carlos Valenti, gloria reconocida de Guatemala en el arte imperecedero.